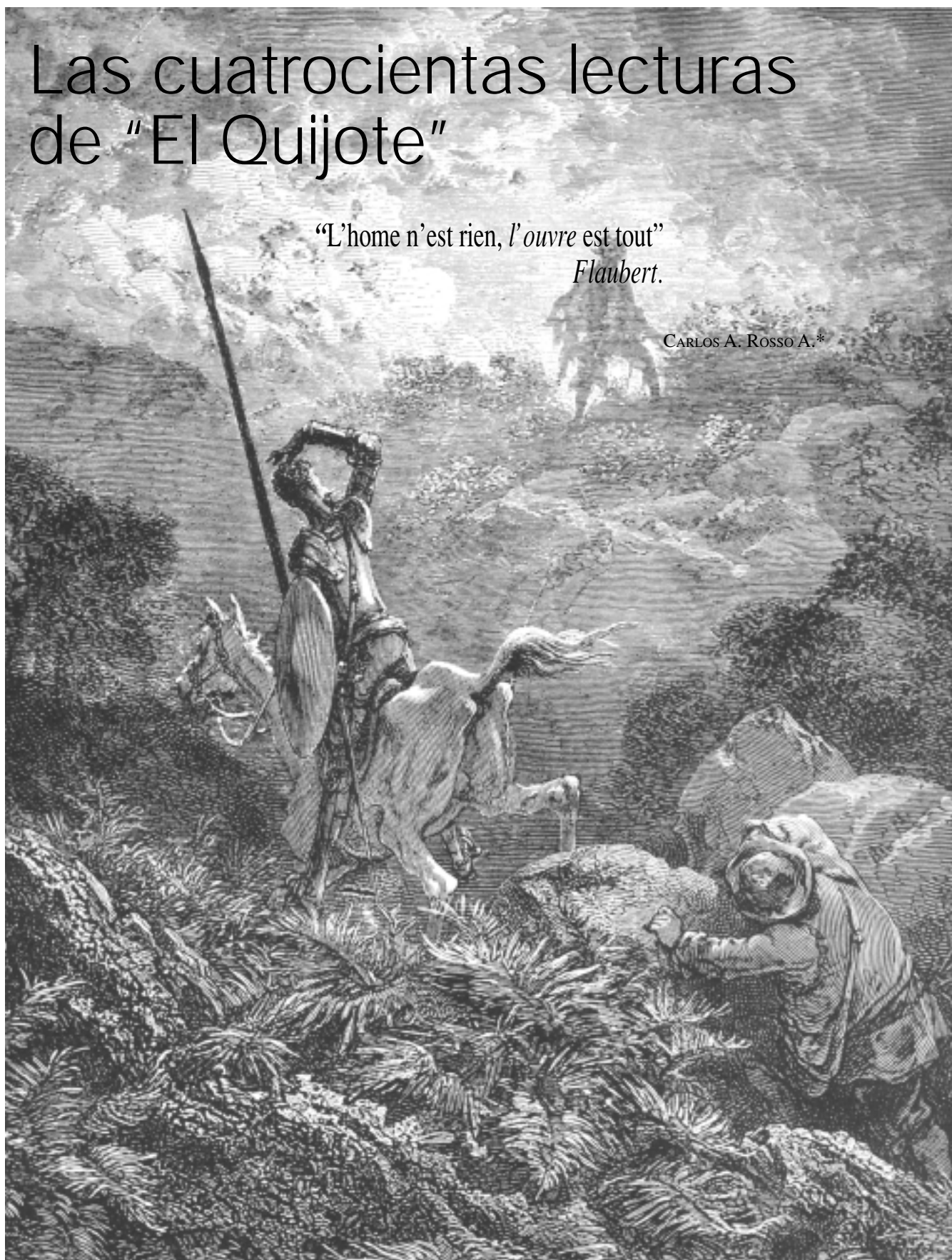


Las cuatrocientas lecturas de "El Quijote"

"L'homme n'est rien, l'œuvre est tout"
Flaubert.

CARLOS A. ROSSO A.*



Don Quijote de la Mancha, Gustavo Doré

* Ph.D. en Literatura. Docente visitante en la Odense Universitet en Dinamarca. Docente titular y emérito de la Universidad del Valle. Docente hora cátedra las Universidades: Autónoma de Occidente, San Buenaventura, Libre e Icesi. mrosso@telesat.com.co

Fecha de recepción: 10/02/05 fecha de aprobación: 18/03/05

Resumen

En este artículo se trata de reflexionar en torno a una lectura plural de la novela de Cervantes. Se conceptualiza sobre las diversas interpretaciones encontradas y se discuten unos ejes temáticos que marcan el cauce de la obra. Interesa pensar en este libro de libros que es *El Quijote* en dos motivos importantes: la vida como arte y el engaño

Palabras claves: lectura. arte. verdad. mentira. desdoblamiento.

Abstract

This article attempts to perform an open-view reading of Cervantes novel. It conceptualizes upon the various interpretations found in the text and it discusses some of the argumentative axes that characterize the development of this literary work. It is significant to reflect upon this book among books, *Don Quijote*, from two meaningful standpoint: Life art and as deceit.

Key words: reading, art, truth, lies, unfolding

Introducción

El profesor Enrique Anderson Imbert, en una de sus clases de literatura en la Universidad de Harvard, señalaba que él tenía mucho que agradecerle a Cervantes porque con sus obras le había ayudado a ganarse la vida. Irónicamente anotaba cómo frente a la adversidad de una lucha sin fin que el propio Cervan-

tes vino a tener, él era un afortunado. Explicaba las necesidades insatisfechas del autor español, mientras él podía disfrutar de todo lo que a Cervantes le fue difícil obtener por la falta de opciones. No obstante se declaraba un eterno deudor de sus favores. ¡Cuántos más podríamos decir lo mismo! Gracias a Cervantes hemos vivido de la literatura. Sin duda todos los profesores en esta área somos sus deudores. Constantes deudores y herederos de su fortuna tasada en léxico, en figuras, en metáforas, en imágenes de un tiempo complejo que por la magia misma de su fantasía permanece sin cambios. Pero también, hemos consentido con locura las diversas imposturas encontradas en su genialidad. Lo hemos disfrazado de contenidos accidentales, sin fondo, sin lograr captar lo esencial. De Cervantes hemos hecho una larga letanía de calificativos innecesarios a veces y de su Quijote caricaturas de comportamientos para ayudar a explicar la estupidez. Con él no sólo aprendimos a sentir el engaño sino a comprenderlo, a sacar ventaja del absurdo, de la mentira, de la verdad, de la mentira que es verdad y viceversa, a tomar en serio el humor, a reír en broma, a enfrentar el paradójico mundo de los ensueños, teniendo tan cerca la tristeza y los cambios de fortuna, a darnos cuenta de las grandes contradicciones en las que vivimos de manera permanente. En fin, a discutir un problema que se lleva desde la ancianidad de los tiempos, advertir junto a la ambigüedad la "sabiduría de lo incierto".¹

Cervantes y su Quijote van por la vida en un galope que se siente siempre actual. A pesar del tiempo, cuatrocientos años de su escritura, sus figuras siempre juntas se repiten en la constante aventura del vivir. Son ilustradores de una litera-

1. Milan Kundera, *El arte de la novela*, Barcelona, Tusquets Editores, S. A., 1987.



Don Quijote de la Mancha, Gustavo Doré

tura dialógica que va configurando todos los matices, los temas humanos de su momento, las vibraciones de tantos hechos en lo que se está atestiguando y que se engarzan con las ideas permitidas en tiempos de gran tensión significativa, de grandes miedos por la fe, y de constante preocupación por la historia que se cuenta, que se cree, y con la que se engaña. Como diría Dostoievski, "la mentira se salva por otra mentira".²

Este artículo lo hemos titulado "Cuatrocientas lecturas", pensando que en cuatrocientos años se haya hecho una lectura de *El Quijote* por año. El dato no es exacto. Es un supuesto con el que apenas nos situamos en la aproximación más remota. Y si el libro ya viene a ser un clásico, como es innegable, acogiendo una de las definiciones que da Italo Calvino en torno a por qué leer los clásicos, el sentido de la lectura se refiere mejor a *relectura*. Es posible que cuando hablamos de releer *El Quijote*, la verdad es que, como dice Calvino, haya "una pequeña hipocresía".³ Yo, que he sido

un constante admirador del lenguaje cervantino, puedo confesar que en un momento alcancé a tener más de cuatro ediciones de esta obra, incluyendo una edición expurgada hecha en época de Franco en España y que omitía las referencias *non sanctas* que la iglesia española no quería que se publicaran. Quisiera decir que hice de cada una de las ediciones una lectura obligada. Cuando me veían con los libros y me preguntaban por ellos, podía responder que estaba releendo. Pero a veces estaba leyendo el capítulo que no había alcanzado a terminar en otra lectura de una edición ya hojeada. No era una relectura propiamente, era más bien la lectura olvidada, de descubrimiento, como si hubiese comenzado a leer por primera vez. Es decir, la hipócrita referencia a la relectura.

Mis afectos por el libro y por los personajes se han ido incrementando con el tiempo. Cada vez que acaricio la edición de Aguilar y vuelvo a subrayar nuevos pasajes, nuevos términos, nuevas conjeturas para su interpretación, siento que el trabajo de la relectura consiste en el descubrimiento de lo inacabado. He ahí la cualidad del clásico. El lector no acaba de percibir el trasfondo de todo aquello que precede dicha lectura, porque no se termina lo que se tiene que decir. Estamos en presencia de una sorpresa permanente. Y para contraste de todas las demás lecturas, un clásico como *El Quijote* podría estar configurando el fin y el comienzo de dos modelos de mundo, la dualidad que se da entre los personajes con una pretendida locura y con una cordura que cede al final en una exposición repartida de los roles identificados.

El objetivo que pretendo desarrollar en este trabajo no es revisar una actitud crítica que me gustaría

2. "La mentira se salva por la mentira", en Revista *Número*, Edición 43, Dic. 2004.

3. *Por qué leer los clásicos*, Barcelona, Tusquets Editores, S.A., 1993.

llevar a cabo, sino más bien reflexionar sobre lo que una lectura plural, enfocada sobre el deseo de arrancar varias interpretaciones, puede despertar en una motivación pedagógica de la obra cervantina. Se ha dicho que si pudiéramos medir con un metro la extensión del trabajo escrito suscitado en torno a *El Quijote* le daríamos la vuelta a la tierra. ¡Cuánto papel! ¡Cuánta escritura! ¡Cuántas ideas! Es toda una obra descomunal, titánica. Hombres reconocidos dedicados a nombrar a Cervantes, a citarlo en la correspondencia con la novela que origina una corriente, la discute y la critica en ella misma. Algo, en fin, que continúa y sigue inspirando, como si fuera una literatura sagrada, diferentes aproximaciones, maneras de reconocer la adicción como apoyo a la creencia. El Quijote como personaje, a manera de santo, recupera la función inspiradora para revelar los secretos del alma humana.

El Quijote es una novela que revisa la existencia, al decir de Kundera; repasa un sentido de realidad que era necesario escamotear porque el personaje ha quedado detenido en un siglo que ya ha pasado y como si despertara de un sueño aparece en otro signado por la crueldad. Y esta similitud hay que destacarla, porque los desplazamientos calificativos que se efectúen dentro de las visiones de Don Quijote en el cambio de las percepciones de las cosas son la materia del absurdo. A la vez lo que implica la locura, y la fantasía que se crea sobre el determinismo del ideal.

Hoy, cuando la vida gira en torno de las frivolidades más extremas, de la devaluación del carácter y de los valores propios de una sociedad, necesitamos el credo del Quijote para convenir con los cambios, para educar las inteligencias. Recuerdo que mi hijo Carlos, un físico, sempiterno estudiante, cuando niño leyó una versión infantil en inglés de la nove-

la de Cervantes. Vivíamos en Madison, Estados Unidos y era tal la devoción sentida por esta lectura, que se montaba en su bicicleta, blandía una espada de plástico que tenía y gritaba antes de partir en actitud ofensiva: "In the name of Dulcinea, I run to battle." Sus compañeros se le unían en la noble empresa y no faltaba quién preguntara quién era Dulcinea. No era un nombre común, identificable con el de sus hermanas o amigas. Pocos lo habían oído. Acaso podría tratarse de alguna princesa desconocida fácil de encontrar en otros textos. Otros niños más curiosos se acercarían a los diccionarios enciclopédicos para averiguar. La curiosidad infantil de ese momento se advertía con más cuidado del que se encuentra en estos días. Quisiera pensar que en esos años se estaba cerca de la comprensión del ideal de luchar por una dama como la tarea más fantástica que se podría derivar dentro del arte. Es posible que este mismo hecho se pudiera encontrar en otros contextos, en otros tiempos y latitudes. Esta anécdota vista con el paso del tiempo me ha ayudado a consentir con una interpretación de lectura de *El Quijote*. Tal vez debería ser ésta una primera causa para orientar mi análisis y referirme a la lectura trescientos setenta y cinco como un posible punto de partida. Es bueno decir que no pretendo historiar cada lectura. La primera que se me antoja pudo ser la de Cervantes mismo, quizá la de Cide Hamete Benengeli. A lo mejor, por ser este un trabajo en el que el encanto formaba una parte integral, un primer lector pudo ser el cura del Toboso, o el barbero. De hecho en la novela figuran haciendo el censo de los libros que don Alonso Quijano tiene en su biblioteca, incluyendo los del propio Cervantes. Otro primer lector pudo ser uno de tantos lectores que en esos días tenía la Santa Inquisición. Como se sabe, nada era oculto para ellos y las creaciones de este tipo eran las

primeras en ser escrutadas con sumo rigor. Los pecados por ser infiel se cobraban hasta con la vida, no sin antes pasar por las consabidas torturas, muy católicas todas ellas. Por lo visto Don Quijote pasó el examen. De hereje tenía muy poco y no lo podían acusar de converso. Su accionar subversivo tampoco le acreditaba el miramiento serio de los censores del sistema.

Las primeras lecturas debieron ser muchas y aunque difíciles de contar manifestaron su asombro por lo que allí se narraba. Las risas debieron estar también por doquier. Hace cuatrocientos años, quienes tuvieron la fortuna de tener entre sus manos una edición de *El Quijote* podían sentirse venturosos de entrar al reino de la novela moderna. De descubrirlo en un autor como Cervantes, a quien colocaría para siempre en un lugar de privilegio la literatura española, y a quien cualquier halago que se le pudiera hacer era corto.

El desarrollo de nuestro trabajo se irá entonces armando venciendo la mortal resistencia de los acuerdos lineales. Más bien estaremos en correspondencia con lo destacable a pesar de las fechas y de los años que tanto pesan para el recuerdo. Nos vamos a referir a ciertos ejes temáticos que sirven para orientar interpretaciones. Posiblemente no digamos nada nuevo. Sabemos que en el fondo de toda novedad se halla instalado muy bien, como la paloma en la caja de Pandora, el anacronismo.

Un libro de libros

Una aproximación que se ha realizado en torno a *El Quijote* ha sido la de ver la novela como un conjunto de aventuras todas ellas ligadas por el héroe y su escudero, como si se tratara de redondear las diversas explicaciones de múltiples problemas. En el examen de cada uno de ellos se debería dedicar un

libro. Entonces, al armar el conjunto su resultado sería la colección de obras correspondientes. Esto es, la relación de ver la novela como el libro de libros. Parecería que cada autor que quiere destacarse por su obra, se dedica a llevar a cabo este trabajo. A contar la historia que revela lo que otros no han contado, con el lenguaje especial que sólo viene a ser usado en la obra respectiva. Y así como ocurre con García Márquez en sus *Cien años*, pasó con Cervantes. El resultado es entonces encontrarnos con una obra plural que presenta múltiples facetas, cambios y que explica, pero también calla, en la misma forma como en su despliegue se va desarrollando.

En todas las posibles lecturas que sobre esta novela se han hecho se pueden encontrar ciertas constantes que a lo largo del tiempo han configurado uno de los aspectos míticos más atractivos en la apreciación del personaje caballeresco. Además, contribuyendo a resaltarlo, el autor ha resuelto balancear la desbordante actuación del Quijote con alguien que revela su propia contradicción, o mejor, destaca otra visión de un punto de vista dedicado a protagonizar la discusión del rol principal. El equilibrio que muchos lectores ven en este cotejo, advierte un carácter que se puede identificar con quien resulta ser un compañero de viaje. La novela, al fin y al cabo, en su primera parte es narrada como una serie de aventuras, de acuerdo con un pretendido derrotero. Don Quijote y Sancho han salido al campo como si se tratara de viajar. Salen de paseo y conversan de las cosas elementales, cuentan historias que se van corrigiendo en la base de la dicción, se intercalan otras de personajes que sirven para ilustrar los problemas del amor, formalizan teóricamente el peso de las grandes discusiones con el propósito de aparentar el trasfondo de una reseña histórica de quien pretende ser crítico de su edad.

Una lectura contextual de *El Quijote* nos lleva a observar como si el libro encarnara un quehacer satírico. Ya desde el prólogo se hallan las referencias a Lope de Vega, de quien se cuenta que en esos momentos era uno de sus posibles enemigos. Y puede ser esto cierto, a juzgar por la forma como ese amigo que se presenta ante Cervantes para recomendarle el modo de encarar la escritura de un prólogo, le da las indicaciones sobre qué decir, a quién nombrar, a quién citar y las diferentes maneras de posar como intelectual erudito. Tal vez esto explique, al comienzo de la obra, la serie de poemas y sonetos iniciales a los que la mayoría de los lectores no les pone mucha atención. Esta era una manía de Lope cuando adornaba sus escritos utilizando todos los recursos que mostraban pesadamente su erudición.

Pero más allá de la ridiculización a Lope, hay que destacar la otra sátira que se ha señalado referente a los libros de caballería. La crítica a estos libros se deduce de las referencias constantes que se van dando sobre ellos a lo largo de la primera parte y su contraste con las situaciones que enfrenta Don Quijote. Quiere esto decir que la novela cervantina es un libro recreado con la ayuda de otros libros. De la lectura de Cervantes a una literatura de su época se deriva una indicación de caminos, todos ellos cercanos al *Quijote*. Discutir sobre la parodia, la burla y la sátira era un ejercicio aparentemente muy casual. Estar en contra de algo, disgustar con lo que se encuentra, marcar oposiciones eran los temas de su momento. Con estos elementos se iría integrando la novela que a juzgar por sus contenidos tendría esa visión de un libro que encierra varios libros, un libro de libros, por qué no decirlo, una Biblia.

Para Cervantes, el poeta que se dolía de no tener cualidades para



Don Quijote de la Mancha, Gustavo Doré

ello, chocarse con un género literario que, si se comparaba con el teatro, no representaba en grado de importancia el gusto de un público, era de difícil aceptación. Sin embargo, al dar forma definitiva a su novela, dejando atrás las obras que incluían esta materia como puntos intermedios entre la epopeya y la novela actual, llega al éxito. Es la universalidad que la caracteriza con la inclusión de ese mundo libresco referencialmente discutido lo que hace de esta obra una muestra diferente. Identificada con la picaresca por todo lo que encarna de ese modo de vida tan hispánico, nivela su andamiaje con motivos bucólicos para conseguir un armonioso equilibrio real y poético.

El elemento literario destacable es el caballeresco. Pero, ¿es *El Qui-*

jote una novela de caballería? Posiblemente sea la mejor. Como también se pueden señalar sus contenidos pastoriles (los amores de Marcela y el pastor Crisóstomo), la influencia de la *novella* italiana (*El curioso impertinente*), sus cuidadosos retratos de la vida española a la manera de Velázquez, sus rasgos picarescos (Ginés de Pasamonte) y otros elementos literarios que se confunden en la trama por ese peculiar sentido del humor que manejó Cervantes.

El libro de libros se arma entonces con los aspectos destacados de una literatura que Cervantes conoció, leyó y comentó con el criterio de hacer literatura de la literatura. Se va a confeccionar con un lenguaje abarcador de términos, dichos y refranes que recogen lo popular y lo culto. De este modo va a ejemplificar un estilo y será su escritura una clara demostración del castellano reinante como habla, como lengua y nacionalidad. Desde esta perspectiva una lectura de la novela se perfila con un interés que no se detiene en los acontecimientos como tales, sino en la medida como marcan al lector, en lo que tienen de extraordinario, de raro o de extravagante. Una aventura como la de los molinos, por ejemplo, tiene múltiples niveles en su comprensión y en los propios modos de percepción de las cosas. Como acontecimiento es un despropósito. *Don Quijote* en su locura trueca el orden de las cosas y convierte un objeto, el molino, en un sujeto, el gigante. Previamente el personaje ha sido afectado por ese mundo de la fantasía en el que ese tipo de cambios puede darse. Literariamente era concebible un efecto como este. La magia podía intervenir y proporcionar los cambios más audaces. Sólo que aquí la evidencia de una realidad parece discutir de otra manera los efectos que una acción como la señalada debería tener. Una lucha entre un gigante y un héroe, David

frente a Goliat, por ejemplo, se resuelve como victoria para el héroe porque éste es un guerrero, su tino, además, es ejemplar. Así mismo está respaldado por un dios que es un factor primordial en la lucha. El resultado es finalmente indudable. El héroe cervantino, en cambio, es configurado por la ocasión y obedece a los patrones que dicta la ficción misma. Es un personaje que maneja una doble identidad: un hidalgo que gasta su vida y su hacienda en la llanura de la Mancha. Dedicado a la lectura consume cuanta novela de caballería llega a sus manos. En este excesivo pasatiempo no duerme por leer las aventuras que le atraen hasta transformarse en el tipo de héroe que para su tiempo resultaría ya anacrónico. Es ridícula su transformación de hidalgo a caballero andante. Pero es gloriosa la razón que lo lleva a querer recuperar los valores perdidos en un tiempo en donde todo se desarrolla siguiendo los parámetros de intereses bastardos y por supuesto luchar en un mundo lleno de injusticias y grandes decepciones.

Se necesitaba un superhombre para enfrentar las luchas que había que hacer, para enderezar los entuertos e iniquidades impuestos por la maldad. ¿Cómo piensa Don Quijote enfrentarse a esos peligros con sus atuendos anacrónicos y sus descompuestas armas? ¿Qué puede pasar cuando este héroe caiga en desgracia en su primera aventura? Y algo más desconcertante: ¿Quién puede creer en sus acciones cada vez más desafortunadas? Es tal la dolorosa impresión, que otra lectura llega a complementar el cuadro de visiones posibles. ¿Cómo un loco llega a ser la personificación de la justicia, de los ideales de libertad, del bien? Se podría pensar que cualquier hombre, ante la pretensión de llegar a convertirse en el adalid de uno de los valores que aquí señalamos, el encontraría un límite marcado por la imposibilidad. Porque

frente a las dificultades la respuesta más inmediata está en lo imposible. A lo largo de la historia cuántos hombres y cuántas sociedades han renunciado a las luchas por tener la imposibilidad en su frente. También hay que decir que muchos hombres, y muchos pueblos han dicho si a lo que hay que defender y ante aquello por lo que vale la pena luchar se han organizado para resolver los conflictos. Don Quijote, disparatado y ridículo, se convierte en ese tipo de hombre necesario en su tiempo. Cuando le dice a Sancho Panza: *"La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres"*, en su discurso Don Quijote ilustra una opinión en torno a uno de los valores más preciados, un derecho humano irrenunciable y desde luego condición para afirmar la vida en su completa conformidad. En esta apreciación Cervantes, que sabe de lo que está hablando, sostiene una verdad tan actual para plantear aun más en tiempos como los actuales. ¿Sería este juicio formulado por un loco? O bien, para hacer este tipo de conceptos en momentos de dificultades ¿es preciso pasar por loco para evitar represiones que lleven a esa pérdida de libertad? Esta cita como ejercicio para discutir con la posibilidad interpretativa, pudiera verse como una hazaña del héroe que ya en la segunda parte de la obra no está tan interesado en salir a recorrer los caminos polvorientos de España, sino más bien en dejarse notar con desarrollos que ponen a prueba las capacidades de Sancho

para gobernar, que reflejan la vida de corte con sus bromas y desmanes y mostrar el desdoblamiento de los roles principales en la obra.

Mario Vargas Llosa, en el prólogo a la edición del cuarto centenario, que la Real Academia de la Lengua Española acaba de publicar, llama la atención sobre este detalle e indica: "El Quijote no cree que la justicia, el orden social, el progreso, sean funciones de la autoridad, sino obra del quehacer de individuos que, como sus modelos, los caballeros andantes, y él mismo, se hayan echado sobre los hombros la tarea de hacer menos injusto y más libre y próspero el mundo en el que viven. Eso es el caballero andante: un individuo que, motivado por una vocación generosa, se lanza por los caminos, a buscar remedio para todo lo que anda mal en el planeta. La autoridad, cuando aparece, en vez de facilitarle la tarea, se la dificulta".⁴

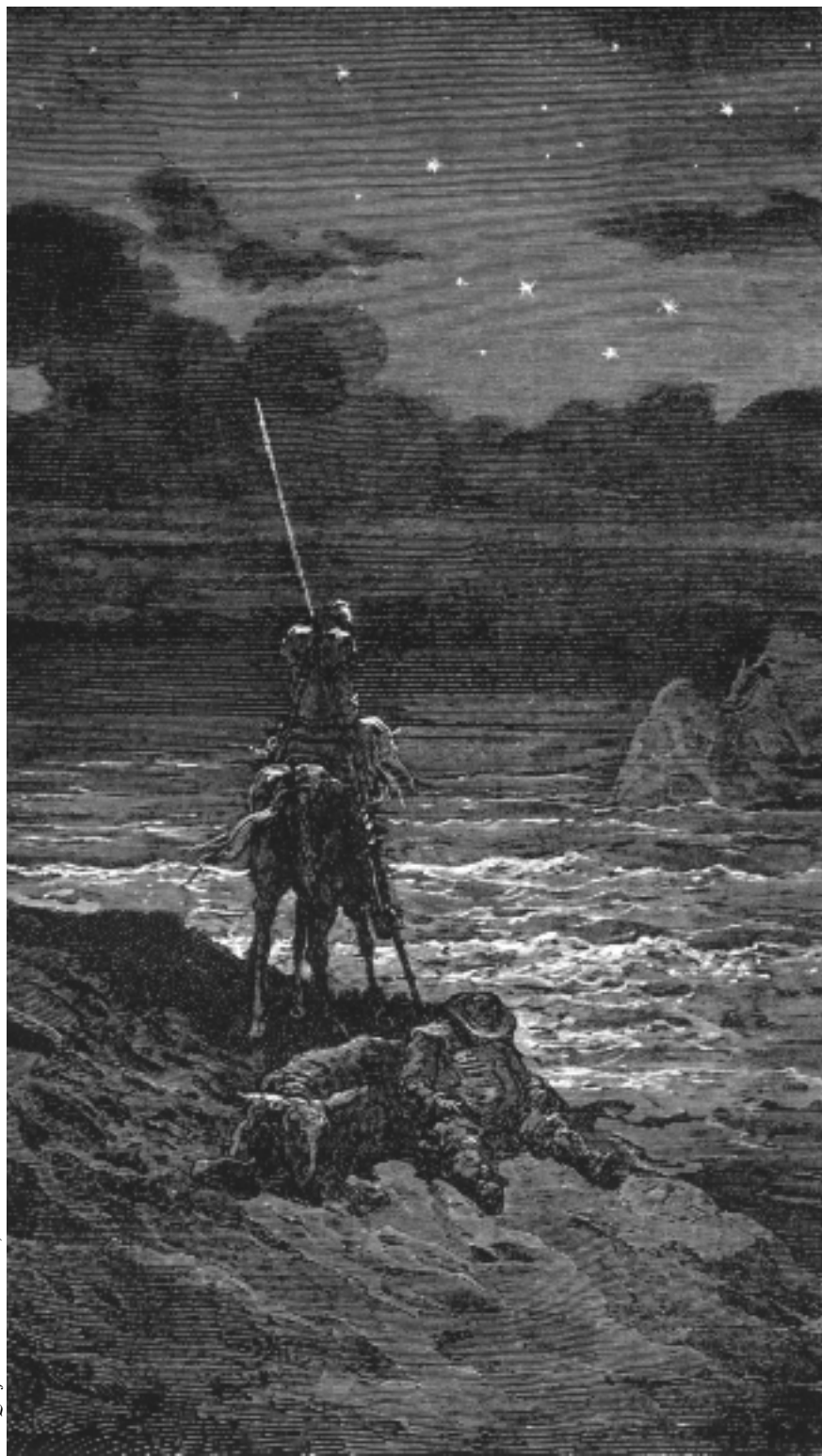
Esta apreciación del novelista peruano nos mueve a pensar en lo que posiblemente era la discusión que Cervantes concibió como tema de importancia: la autoridad y la legitimidad del poder. Le importaba por fuerza mayor tener presente el ideal de libertad. Pues, el espíritu libertario del personaje va a estar en desacuerdo con las ideas defendidas por el régimen. De otra parte, lo que hoy llamamos corrupción debió ser algo muy exagerado en ese tiempo para que personajes como Don Quijote pudieran mostrar alguna confianza. De ahí el recelo y el temor en sus acciones al cuestionar la moral imperante.

Es claro que Don Quijote en cada aventura quiere descifrar contenidos en conflicto. Sus recorridos van a estar comparando las distancias que en sus lecturas resultan diferentes. Por esto sus hazañas se ale-



Don Quijote de la Mancha, Gustavo Doré

4. "El Quijote: novela de hombres libres", en *Lecturas Dominicales, El Tiempo*, 11 de diciembre de 2004, pág. 2.



jan de ser victoriosas. No se puede olvidar que él trata es de modificar la realidad, bien para comprobar si se parece a la de los libros, cuando no para seguir las enseñanzas de sus

modelos. Con este orden encontramos nuevos modos de apreciar la lectura de la novela. ¿Cómo encontrar esa vía que nos lleva a la seguridad de reconocer lo mismo? Si se

piensa que el camino de Don Quijote es una búsqueda de lo ya descrito en las lecturas de los caballeros andantes nada estaría siendo nuevo. El efecto de la parodia a partir de esa semejanza lo que estaría señalando sería únicamente la versión repetida de lo contado con los mismos pelos y señales. El ingrediente que disloca esa semejanza se encuentra en el humor que, al igual que la magia, produce el efecto equivocado. La razón que Don Quijote encuentra en cada resultado fallido, a diferencia de lo que ocurre en otras ocasiones de igual factura en las otras novelas de caballería, se debe y es subrayado por efectos de la magia. Como dice Foucault: "Y dado que esta magia ha sido prevista y descrita en los libros, la diferencia ilusoria que introduce será siempre una similitud encantada".⁵

El engaño de los tiempos

Una propuesta de lectura para esta novela estaría en la condición con la cual distinguimos dos tiempos: el de los caballeros andantes y el que debe enfrentar Alonso Quijano. Digamos el tiempo renacentista y el barroco. Entre estas dos instancias se sitúa Don Quijote, flor y nata de la caballería andante. Hay que recordar que en la primera salida, nuestro caballero sale a la aventura sin dinero y cree que por el hecho de presentarse como tal, nadie le va a cobrar lo que gaste o deba pagar. Cuando se le aclara que eso era antes, y alistándose para su segunda salida recuerda que debe llevar algún dinero porque puede necesitarlo. Este cambio que está previsto en la novela es una señal de ruptura con los delirios de permanencia de lo ideal negativo. La falsa luminosidad, creada por las ideas renacentistas en España, debió nublar la consistencia de fuerza y de

5. Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI Editores, S. A., 1977, pág. 54.

rigor que para épocas más críticas no era posible mantener. Cervantes, conocedor del asunto, lo razona y lo ironiza. La fórmula que él practica está en un lenguaje de múltiples perspectivas. A manera de magia y conservando el humor, permite descifrar ese distanciamiento. El tiempo del recuerdo que está consignado en las lecturas de Alonso Quijano se discute con el tiempo que demuestra el engaño con la verdad. La analogía que quiere encontrar *El Quijote* con el pasado es un delirio cuyo valor se encuentra en la ficción.

La señal del cambio en el tiempo está presente en el lenguaje. *El Quijote* encierra en su estructura dos novelas. Una en la primera parte, caracterizada por el continuo vagar de aventura en aventura de nuestro caballero. La otra, la segunda parte, en la que se discute la primera, porque hay personajes que han leído el texto y reconocen a Don Quijote como el personaje real que está presente. Pero Don Quijote no ha leído ese libro, lo ha vivido, y deberá salir en defensa de los cambios que se presenten por error o falsificación. Él, que es el producto de tanta lectura, es ahora el personaje de uno de los libros, su ideal y sus acciones.

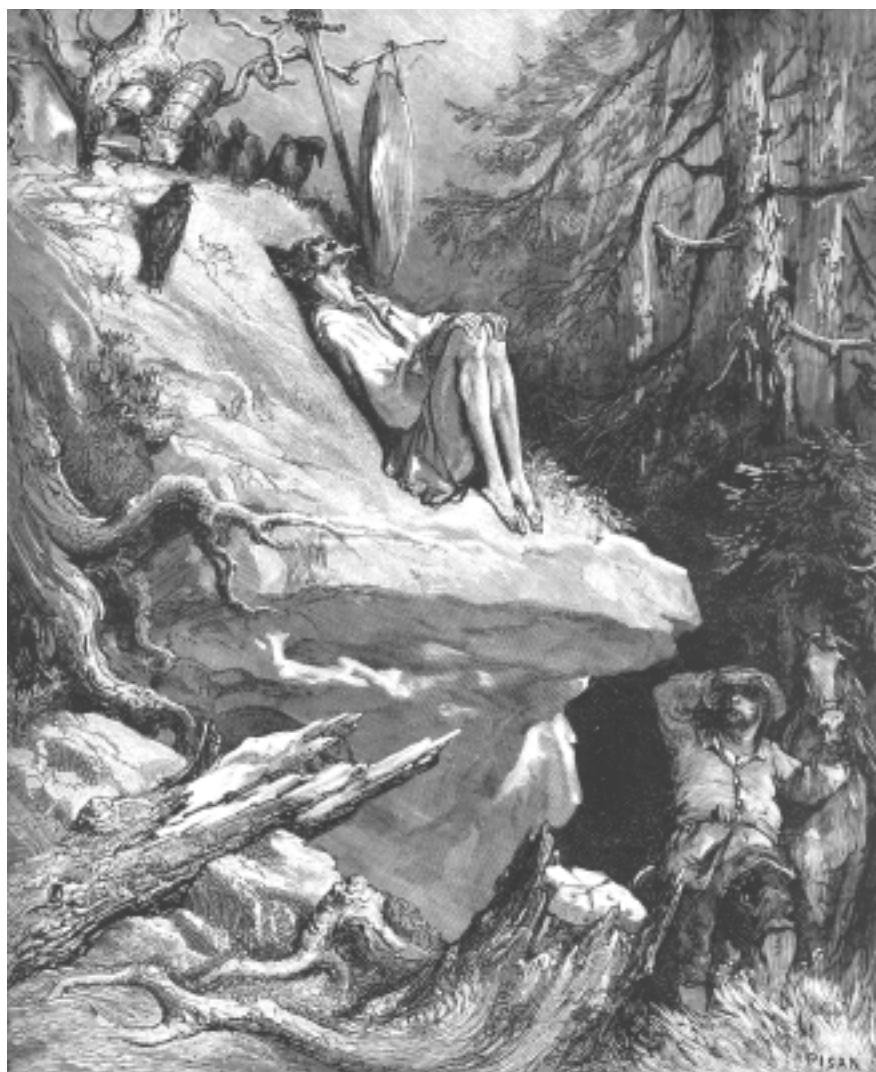
El engaño de los tiempos trabaja en la doble personificación de nuestro héroe. Recordemos que es ante todo Alonso Quijano, el apasionado lector, quien decide convertirse por fuerza de los argumentos de tanta novela en la figura trascendente. Un Cid modificado cuya capacidad transformadora de acciones en hazañas viene a ser el paradigma de lo ejemplar. Aquí don Alonso renuncia a ser lo que ha sido, un anónimo hidalgo para mutarse en el Quijote, de quién tendrán mucho que decir los tiempos venideros. Don Alonso engaña a los suyos,

convence a Sancho, lo maravilla con sus discursos de caballero andante y reconciliado con su nueva figura es Don Quijote. El cambio puede ser teatral. Un actor desempeña el papel de un personaje y lo caracteriza para despertar atracción, para establecer expectativas de convencimiento y lograr a la vez los aplausos, o el silencio. ¿Qué tan buen actor llega a ser Alonso Quijano? ¿Será un experto en engaños? ¿Cómo convenir en esta doble identidad que decide conservar por lo menos hasta el final de la obra? Cervantes no agotará sus recursos de poeta y de dramaturgo en la escritura de su novela. Parte de esta potencialidad que trasmite en sus páginas da lugar en una de tantas lecturas a que podamos encontrar el dramatismo escénico intercalado en las aventuras del caballero de la noble figura.

El engaño está también reforzado con el lenguaje. Aquí las palabras ayudan en la conversión, para recoger lo visto y pensado permitiendo la semejanza que envuelve este acto de creación. En el interior de cada palabra permanece la realidad en tanto verdad de cada acto *El Quijote*, que como señala Foucault: "no está en la relación de las palabras con el mundo, sino en esta tenue y constante relación que las marcas verbales tejen entre ellas mismas. La ficción frustrada de las epopeyas se ha convertido en el poder representativo del lenguaje. Las palabras se encierran de nuevo en su naturaleza de signos".⁶

La cruel tarea de la literatura, como le oiría alguna vez decir a Borges, consiste en contar mentiras, en hacerlas verdades y por consiguiente creer que lo que leemos tiene un alto grado de certeza para convenir con ello. Nada más cierto, en otra lectura de *El Quijote*, que com-

6. *Ibidem*, pág. 55.



Don Quijote de la Mancha, Gustavo Doré

probar el engaño que se reconstruye con los distintos recursos de los que los humanos nos tenemos que valer. Don Quijote se engaña al enamorarse de quien a sabiendas debe ser transformada por nombre y por deseo en el ideal de mujer. En dicho engaño Sancho participa, aun creyendo que lo que ve no es lo que tiene que creer que es. Pero, burla burlando, cae en el juego planteado por su señor. El engaño con la verdad se revela de cuerpo entero y aparenta en su accionar los distintos artificios de una magia especial. Las cosas desaparecen y aparecen como por encanto. Rara manera de ofrecer el aspecto real de los acontecimientos y combinar con las deformaciones o cambios la continuidad de las cosas. Pero, ¿cómo

olvidar el trabajo de la literatura en su tarea de ir más allá de la vida, o de marcar un deslinde entre lo vago e impreciso para destacar las diferencias entre ficción y realidad? Los lectores de Cervantes tienen ante sus ojos un arquetipo de imaginación con el que se pretende elevar un arte desde realidades cambiantes. Identificando la novela como una caja de sorpresas en donde el engaño aparece expresado como una verdad, es apenas aceptable que los detalles examinados sobre esta base terminen exhibiendo las cualidades de lo extraordinario.

La imagen del engaño es a la vez un cambio con el que se recrean los acontecimientos. Uno de ellos, la variedad de identidades de los personajes. Don Quijote es a la vez el

Caballero de la Triste Figura, diferente al Caballero de los Leones y por supuesto poco reconocido como Alonso Quijano el Bueno. En todo caso, dentro de la variedad de nombres se precisa el engaño funcionalmente equilibrado. Responde a una opción de vida señalada por los hechos para fijar aspectos múltiples de su personalidad heroica. Igual cosa sucede en el itinerario de la novela. Cervantes no quiere escribir algo como el *Amadís de Gaula*. De haberlo hecho, Don Quijote hubiese tenido una genealogía diferente. Esto es, se habría puesto a tono con los indicativos de su tiempo. No hubiera nacido en el lugar del que no quiere acordarse, y su cuna debería ser noble y no simplemente hidalga. Como el barroco permite el desborde, la confusión, el contraste, Cervantes altera estos órdenes. ¿Hasta dónde esta diferencia viene a configurar una parte del engaño en la novela? Sin duda, el engaño propuesto nos permite indicar que existe una conciencia desviada por la locura y la mezcla del desorden que causa el desfase de los tiempos. Con qué ironía Cervantes nos presenta el mundo de las equivocaciones junto a los desvaríos literarios. En ellos su modelo de caballero está pleno de modelos para imitar con una finalidad posible de perfección. La vida de Don Quijote es una vida artística. Su mundo es igualmente lo más próximo al arte para convenir en la afirmación de valores como la sabiduría, la virtud, la fama, etc.

Puede ser cierto relacionar el engaño con los ideales, o con los sueños. En este tema, Don Quijote mismo se confunde como caballero andante de imitación artística, al referirse a los actos de Amadís pretendiendo repetirlos para sentirse como el héroe. Recordemos el pasaje en el que Don Quijote se impone una penitencia en Sierra Morena, muy similar a la de Amadís cuando se sintió desdeñado y engañado por su

amada Oriana. Dice Don Quijote: "*Siendo, pues, esto así, como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que más le imitare [a Amadís] estará más cerca de alcanzar la perfección de la caballería*". Lo particular en esta escena es que Don Quijote no ha sido engañado por ninguna dama, por esto Sancho le indicará: "*Paréceme a mí [...] que los caballeros que lo tal hicieron fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necesidades y penitencias; pero vuestra merced, ¿qué causa tiene para volverse loco? ¿Qué dama le ha desdeñado, o qué señales ha hallado que le den a entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro o cristiano?*". A lo que replicará el amo: "*Ahí está el punto, [...] y ésta es la fineza de mi negocio; que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias; el toque está en desatinar sin ocasión y dar a entender a mi dama que, si en seco hago esto, ¿qué hiciera en mojado?*" (I, Cap. xxv)

Parece que el entusiasmo imitador cede ante el revés dado por la cordura. El orden de la vida le da a nuestro caballero una razón que acaba por sentirla y aceptarla, y como todo debe continuar, entonces se incorpora al juego de los efectos. La penitencia de Sierra Morena es entonces un ejemplo más del engaño con la verdad. Un acto gratuito de la literatura y, como dice Avalle-Arce, "Por primera vez, en las letras occidentales, al menos, un artista se ha lanzado a explorar problemas y posibilidades que surgen cuando la voluntad de un hombre se convierte en su propia conciencia".⁷

Don Quijote es fiel a la idea de vivir la vida según la literatura. Es decir, de consentir en el engaño, en el error de los tiempos mezclados para arrinconar su voluntad y volar

con la imaginación. Las imágenes mentales que los lectores de un pasaje como el citado pueden tener son apenas un ejemplo de cómo la vida imita la literatura con la literatura. Esto mismo se pudiera decir de todo lo que ocurre en la primera parte de la novela. Pues las acciones tienen consecuencias inesperadas y si bien se puede apuntar hacia condiciones de ejemplaridad, por su rareza, es esta la condición cervantina que nos ofrece con su arte.

El paso que conduce del engaño al desengaño está dentro de la novela proporcionado por el sueño. Es el inconsciente el que le dará al Quijote la vuelta a su mundo inicial, el cambio de caballero andante a Alonso Quijano el Bueno. El sueño que se encuentra en el episodio de la Cueva de Montesinos, en la segunda parte de la obra, es el recurso con el que Cervantes confronta un hecho real con la aventura literaria. Según los romances carolingios, Montesinos era un valeroso caballero de la corte de Carlomagno, asociado con su primo Durandarte, y sobreviviente del desastre de Roncesvalles. Por asociación, en el sueño aparece en la Cueva de su nombre en un lugar de la Mancha. Se sabe que Durandarte tenía un gran amor por Belerma, una dama asociada con el ideal del amor puro, eterno e inquebrantable, como el que el Quijote cree sentir por su dama Dulcinea. En este episodio el sueño y la aventura aparecen entrelazados en una especie de ensamble del pensamiento del noble caballero. Aquí las asociaciones entre realidad y sueño, entre memoria e inconsciente explican la historia que Montesinos cuenta a Don Quijote. En este sueño, Dulcinea aparece encantada con el toque real. Es la figura aldeana y tosca, lejos de ser la hermosa princesa del Toboso. El



Don Quijote de la Mancha, Gustavo Doré

7. Juan Bautista Avalle-Arce, *Nuevos deslindes cervantinos*, Barcelona, Editorial Ariel, 1975, pág. 373.



Don Quijote de la Mancha, Gustavo Doré

acercamiento real a este personaje se da por la vía del encantamiento como cosa curiosa. Lo real es lo encantado, o mejor, debe aparecer como tal, para discutir el desencanto que se tiene, una vez las explicaciones falten o no convengan. Dicha transformación cumple con la dialéctica cervantina en donde las apariencias no se pierden, se mantienen como las esencias de las cosas. Don Quijote admite los encantamientos por ser trabajos superiores de seres propuestos para interponerse en sus empresas, sus hazañas, irrumpir en sus sueños y no permitir logro alguno.

A lo largo de la novela esto es visible, configura una tendencia que

se mantendrá hasta el final de la historia. El total de las aventuras, cada hazaña, viene a representar dramáticamente el equilibrio de esta dialéctica: "Nada se pierde, todo se transforma".⁸ Se puede argumentar a este respecto que la permanente contradicción entre lo real y lo ficticio se facilita por esa visión permanente que mantiene un cruce entre los dos planos. Don Quijote ya lo ha notado y no puede concebir que esto ocurra, sobre todo con su Dulcinea. Ya en el capítulo décimo de la segunda parte, su bella dama es una labriega zafia oliente a ajos que le hace declarar: "*Sancho, ¿qué te parece cuán mal quisto soy de encantadores? Y mira hasta dónde se extiende su malicia y la ojeriza*

que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su ser a mi señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados, y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asiesten las flechas de la mala fortuna".

No obstante, nuestro caballero ejemplar no se rinde tan fácil. A pesar de las experiencias que continuamente le quieren cambiar las apariencias él quiere defender la integridad de sus esquemas mentales. En su conciencia, el mundo y sus problemas permanecen tal como en sus lecturas iniciales. Pero cuando en el sueño de la Cueva de Montesinos ve a Dulcinea fea y hedionda a ajos es el rompimiento del encanto. Su inconsciente no da un paso más para reconocer a la bella dama y tendremos entonces una muestra de descontento que necesariamente lo llevará a la desilusión de ser caballero. Admitirá entonces su deseo de volver a ser el de antes: "*Ya yo no soy don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, a quien me dieron renombre de Bueno*". El caballero renuncia a ser el que es, depone su nombre y declina su voluntad. Todo el ideal respaldado por la labor de los encantamientos se viene abajo con la desilusión y el desengaño. Don Quijote no admitirá que vivió engañado durante el tiempo de su peregrinaje. El mayor dolor lo tendría en el encuentro con la verdad, ver cara a cara lo disparatado de su fascinación. El hecho de que Don Quijote se quede como vacío por dentro, con toda su amargura y debilidad, es una muestra clara de lo irrisorio de su ideal. Su sueño se ha convertido en pesadilla y pone en duda la posible fortaleza con la que inició con optimismo su lucha en los primeros capítulos. De ahora en adelante la desintegración de su talante de caballero nos va a mostrar los momen-

8. *Ibidem*, pág. 380.

tos más tristes proporcionados por la desventura de un sueño, posiblemente la imagen de otro engaño. Don Quijote soñador en oposición con el Quijote soñado nos revela el defecto del desdoblamiento de una naturaleza humana indefinible.

Se puede señalar que el engaño proporcionado por la confusión de los tiempos y por el deseo de solucionar aquellos entuertos difíciles, ha facilitado la tarea de resolver el problema de qué hacer con el loquito una vez se canse de soñar y de conseguir muy poco. De otra parte, el antagonismo creado entre el señor y su escudero frente a cómo ver una realidad dispareja y dudosa y otra más real y fatigosa debe ser resuelto con la vuelta a la normalidad. Para aquellos lectores a quienes les costó trabajo aceptar la renuncia de Don Quijote es inexplicable y paradójico comprender el interior de un hombre que de soñador quede derrotado por el soñado. La verdad clara indica que el mundo del pasado carece de retorno. El ideal de la caballería ha quedado atrás, no tiene sentido en un hoy que discute otras cosas y no está de acuerdo con los ideales pretéritos. El recurso del sueño es utilizado por Cervantes como la estrategia que abre el camino de regreso para un Quijote derrotado y su correspondiente desdoblamiento.

Para quienes creemos en el quijotismo por todo el valor humano que representa, es casi imposible aceptar el ideal trágico como la herencia griega en permanente lucha con la vida. Vivir es el reto, el milagro que enfrenta la realidad del morir. *El Quijote*, fiel a esta tradición, guarda esa correspondencia en el momento de enfrentar lo inexorable. Los lectores de la obra en su aproximación al mundo cervantino, talvez se resistan a creer en la for-

ma de resolver esta contradicción según las medidas y proporciones como alcanza a apreciarse. El sueño de Don Quijote en la Cueva de Montesinos, como capítulo central que marca la desilusión, se llena de todos los detalles de una realidad mugrosa proporcionada por los detalles ridículos, vulgares y groseros de la leyenda.

La lección que puede derivarse del sueño que origina este cambio de ruta del caballero andante puede estar en "un sentido de la vida". Una vez despierto y de regreso a su mundo, les dice a Sancho y al estudiante: "*Dios os lo perdone, amigos, que me habéis quitado de la más sabrosa y agradable vida y vista que ningún humano ha visto ni pasado. En efecto: ahora acabo de conocer que todos los contentos de esta vida pasan como sombra y sueño, o se marchitan como la flor del campo*" (II, Cáp. XXII). Es esta la clara lección que profundamente se puede inferir, saber que la vida es sombra o sueño, pero se vive como si no lo fuera.

Conclusiones

Apenas hemos tocado en la superficie varias interpretaciones en nuestra lectura de *El Quijote*. La apreciación de los detalles correspondientes a otros aspectos del análisis queda pendiente para un desarrollo posterior. Por ahora, quisiéramos destacar en lo que hemos dicho la percepción que en torno a la lectura de un libro de libros se puede notar. Al tocar el tema del engaño, un artificio cervantino como el de interpretar el mundo del arte como la señal vital es lo que transforma la identidad de los personajes y convierte a la novela en el rompecabezas desplegado en cada historia de sus partes. El amor es un tema obligado, pero hay que tocarlo de soslayo por las implicaciones que com-

prende y el diverso encuadre que pretende abarcar con lo literario. Como es también parte del engaño pasa rozando el resto de situaciones de conflicto de la novela. Lo mismo sucede con el sueño y las diversas imágenes que sobre este recurso maneja Cervantes con la maestría de quien conoce su arte y lo presenta de manera leve y pausada.

Hemos observado, también a vuelo pluma, el episodio de la Cueva de Montesinos como un capítulo revelador de los artificios que maneja la novela en la búsqueda de una conclusión que rectifique la locura del Quijote. En detalle este episodio es determinante con la idea de la derrota y la rectificación. La vida en su realidad supera la fantasía y enfrenta el rigor de los ideales. Don Quijote cede ante la imposibilidad y ante el absurdo mismo de los encantamientos. Fieles al quijotismo en lo que tiene de heroico y de humano descubrimos, como lo hace el noble caballero, que una vida refleja arte y conviene en un estilo con muchas facetas elocuentes. Puede ser vanidad insistir en su intento por su falta de sentido. No obstante, permite que el campo del ideal esté presente y no cambie a pesar de las intensas dudas que se opongan. Decidir entre la decepción y el entusiasmo es la tarea que Alonso Quijano debe realizar. En su lógica "la vida es algo más que sueños y sombras".

Frente a los problemas de ficción, realidad, verdad e ilusión que preocuparon al siglo XVII, la respuesta cervantina es dada con la imaginación. Por eso, su Quijote es "esa extraordinaria ilusión de experiencia humana que no es una reducción ni una deformación de esa experiencia humana, sino un esclarecimiento de su naturaleza".⁹ ❁

9. Edward C. Riley, *Teoría de la novela en Cervantes*, Madrid, Taurus Ediciones, S.A., 1971, pág. 345.